

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Mariano, *La teoría nietzscheana del conocimiento*, Madrid: Eutelequia, 2010. 345 pp. ISBN: 978-84-938256-2-1.

Esta obra de Mariano Rodríguez González fue la tesis doctoral que defendió el autor en 1983. Es importante recalcar este hecho ya que si mereció una buena calificación como tal, no es menor su valor como libro que se publica en 2010. En un prólogo cargado de afecto y respeto, Pedro Chacón ofrece una posible explicación al hecho de que esta obra mantenga intacta su vigencia a pesar del transcurrir del tiempo, señalando el agradecimiento que aún profesa Rodríguez González a Nietzsche (entre otros autores) por haber sido su «educador». Esto es importante porque es necesaria cierta dosis de humildad y confianza (a las que concederemos el matiz atemporal) para, antes de agradecer, «permitir» que alguien te eduque, lo que requiere una apertura hacia aquello que nos era desconocido y que ahora se nos ofrece. Esta actitud se adopta contando con que, muy probablemente, el proceso educativo y su asimilación terminen por alterar aquello que fuimos y adquiriera notorio protagonismo en aquello que empezamos a ser. Este puede ser un primer motivo, no sólo para leer esta obra, sino también, y más importante, para adoptar la postura que su autor adoptó en su día: la de hacer acopio de humildad y confianza y permitir que se nos «eduque» en esta materia que nos propone.

El libro consta de una introducción seguida por cinco capítulos. Cada uno de los tres primeros trata un tema particular de la teoría del conocimiento tomada de forma general, como son la ciencia, la verdad y el perspectivismo, mientras que los dos últimos tratan tres temas clave de la teoría del conocimiento nietzscheana en particular, a saber, la voluntad de poder, el arte y el hombre del conocimiento. La introducción presenta el análisis del lenguaje que Nietzsche comienza con la fantasía como motor principal que permite, a través de la metáfora, el desenvolvimiento del hombre en el mundo mediante la creación, siendo secundarias (con respecto al punto de vista estético) la designación o la comunicación. Surge a mitad de camino el problema del olvido del origen a partir de la degeneración del uso de la metáfora, basado en la confusión entre lo semejante y lo igual, pero que, de cualquier modo, desemboca en la «metafísica del lenguaje», la «mitología» o el «fetichismo». La propuesta (o el reto) de Nietzsche es volver a la verdad originaria de aquella capacidad creadora, ahora perdida, para lograr que el lenguaje recupere el lugar que le corresponde, junto a la música, como algo inconsciente y único.

El primer capítulo está dedicado a la visión nietzscheana de la ciencia, adquirida tras un estudio histórico que va desde los antiguos griegos hasta los que fueron sus contemporáneos. Nietzsche ve que la ciencia, en su evolución, ha ido contagiándose de la misma dolencia que ya padeciera el lenguaje, es decir, se ha olvidado de su verdad originaria y en su obsesión por la «verdad» (como «suprema falsificación») ha ido a desembocar en la «ilusión metafísica». Por supuesto, ella misma desconoce que, sin un antídoto, está desahuciada. Se trata de salvar a la ciencia de las garras de la metafísica (a fin de cuentas, de la moral) para lo que urge acelerar su proceso catabólico y crear una ciencia nueva, liberada ya de la ideología de la redención, capaz de trabajar codo a codo con la filosofía, siendo una la encargada de extraer el sentido mientras la otra lo introduce, es decir, cerrando el ciclo del eterno retorno. Directamente relacionada con el lenguaje y la ciencia, el capítulo segundo muestra por qué la verdad es clave para una correcta comprensión de la gnoseología nietzscheana. La verdad sufre una transvaloración radical cuando tiene lugar la confusión entre la esfera dionisiaca y la esfera apolínea que es consecuencia de la duplicidad del conocimiento que revela el lenguaje: por un lado, el ámbito de la verdad originaria, relacionado

con la creatividad como arte suicida y, por otro, el ámbito de la pseudoverdad, de la ilusión necesaria que anula la capacidad creadora a golpes de metafísica y sacraliza el tránsito del fenómeno a la cosa-en-sí, propio del arte de la supervivencia. La verdad, una vez despojada del lastre metafísico, tiene que juzgarse a sí misma para revertir la transvaloración inicial, sólo así estará capacitada para potenciar la creatividad, en lugar de sumir al hombre en la mera supervivencia. Y, como no podía ser de otra manera, al hilo de la verdad surge el tema del perspectivismo, tratado en el capítulo tercero. Defiende Nietzsche que el conocimiento humano tiende, a fin de cuentas, a la conservación de la especie, de ahí que puede establecerse una analogía entre éste y aquellos procesos biológicos que tienen como fin ese mismo objetivo. A través de un cálculo se lleva a cabo un proceso de valoración que culmina cuando se reduce lo desconocido a lo conocido. Sin embargo, como ya se ha dicho anteriormente, la identificación de lo semejante con lo igual pasa factura: esta manera de proceder aniquila la riqueza de matices por la que todo se haya circundado, estandariza, no permite hacer definiciones a partir de la relación que se establece entre las distintas cosas que nos rodean. El perspectivismo (la interpretación de la interpretación), que no se satisface con la acomodación de unos hechos a otros, es el nuevo ideal cognoscitivo en la gnoseología nietzscheana.

La segunda parte del libro, donde reciben tratamiento los temas propiamente nietzscheanos, comienza con la voluntad de poder, tratada a lo largo del capítulo cuarto. Nietzsche se basa en la observación psicológica para establecer que el afán de dominio es el móvil principal de las acciones; en su estudio de los presocráticos concluye que el conocimiento se erige como instrumento de poder en cuanto que la razón opera como una lógica diseñada para la dominación, cuyo fin último es la conservación. El desenlace de esta concepción evoca a la que será (o debería ser) la filosofía del futuro, es decir, aquella que será capaz de interpretarse a sí misma como actividad incondicionada de poder a través del conocimiento, capaz de ser creadora de mundos. Por último, en el capítulo quinto llegamos a la parte del aparato cognoscitivo que enlaza directamente con el aparato estético, donde destacan el arte y el hombre de conocimiento como protagonistas. El leitmotiv de la estética nietzscheana está representado por la actividad creadora (no solo por la creatividad, pues ésta ha de traducirse en acción), a partir de la cual se puede realizar el ideal ascético de la transvaloración que alcanza su cenit en la figura del superhombre, quien se fusiona con lo otro como creación de sí mismo, superando así la mera conservación. Finalmente, sin identificarse con el superhombre, pero siguiendo sus huellas, está el hombre de conocimiento. Nietzsche distingue: el genio o productor, el erudito o especialista, y el filósofo como aquel que lleva su personalidad a la realidad que construye. Asimismo, distingue otras figuras: el Don Juan del conocimiento que se caracteriza por el afán de justicia, el héroe de la verdad que siente la necesidad de escucharse a sí mismo, el espíritu libre o la encarnación del desarraigo, y el filósofo legislador para quien conocer es decretar y que, además, engloba las demás figuras, con el aditivo del matiz artístico-creador.

Para concluir, una última observación a propósito de la temática. La materia sobre la que trata la obra y que le da título proviene de una línea de pensamiento que, si bien no es una selva virgen, no ha sido sobreexplotada en los estudios hechos hasta ahora sobre Nietzsche, y es que la teoría nietzscheana del conocimiento, por cualesquiera motivos, no ha sido tratada con la asiduidad con que han sido tratadas la estética o la filosofía moral (o amoral) nietzscheanas, a pesar de la inexorable relación que hay entre todas ellas. Será por esa razón por la cual todavía hoy se oyen voces que acusan a Nietzsche de «escéptico y nihilista» por «no creer en nada ni en nada en lo que creer». Craso error, más aún si los ecos resuenan dentro del ámbito académico-filosófico, don-

de se torna imperdonable. Puede uno identificarse poco, mucho o nada con las ideas de Nietzsche, y tener motivos para discrepar de ellas, pero distinto es que pueda haber alguna razón para tales acusaciones, a excepción de la magna, sacra y pura ignorancia. La obra que se presenta constituye un alegato dirigido, por un lado, contra quienes acusan a Nietzsche de tales injurias y, por otro, hacia quienes ejercen el *in dubio pro reo* y están dispuestos a ir más allá de él.

Marina Abad Pérez-Padilla
Universidad de Málaga

VIDAL CALATAYUD, José, *Nietzsche contra Heidegger (Ontología, estética, Hilos de Ariadna I)*, Madrid: Dykinson, 2009. 378 pp.

Este libro se propone dar cuenta, a partir de las interpretaciones del *Eterno Retorno* de Nietzsche y de la crítica de Heidegger a la *Voluntad de Poder como Arte* nietzscheana, de la cuestión de la verdad y mentira del *Nihilismo*. Para ello conjuga la doble óptica tensional que media entre ambos filósofos, dando lugar al enclave de una encrucijada, desde la cual se abre, al devolverle la palabra a Nietzsche *leído después de Heidegger*, una topología compleja donde se inscriben llamativamente los giros del pensamiento actual. El giro estético y práctico-ontológico que esta misma cuestión —la del nihilismo (de la historia de occidente y el olvido del ser)— implica cuando se enmarca, a su vez, dentro del giro lingüístico-práctico, democrático y dialógico, que afecta hoy a la filosofía de la historia occidental, en el decurso de su *nueva koiné hermenéutica*, para decirlo con Gianni Vattimo. Así pues, este libro se ocupa de estudiar los desafíos que plantean los giros del pensamiento actual, centrándose con Nietzsche y Heidegger, en la crítica de la acción participativa y su verdad modal (su «unidad de estilo»): en la crítica estética de las condiciones de posibilidad de la obra de arte y el lazo social, en un tiempo-espacio tecnológico. Igualmente, aborda la consideración tanto del problema de la filosofía de la historia y su teología —puesta en cuestión como meta-relato de la salvación tras *La muerte de Dios*—, como se detiene en el análisis del problema de la *Phýsis* y el ecologismo. Pues no otros sino estos son algunos de los retos insoslayables que la discusión de Nietzsche *contra* Heidegger plantea al pensamiento y al arte actual, pasando por la discusión de sus dispositivos y retóricas.

De ahí que este libro de José Vidal Calatayud, siguiendo el magisterio de Gianni Vattimo y el mío (tal y como se condensa, por ejemplo, en el volumen escrito entre ambos: *El retorno de lo divino griego en la Postmodernidad. Una discusión con el nihilismo de Gianni Vattimo*), se disponga a poner en obra la enseñanza de sus interlocutores, de sus amigos, y emprenda la ardua investigación que culmina y está en el origen del planteamiento mismo de este libro: mostrar que *hay dos Nietzsches de Heidegger*; hipótesis desde la cual resulta posible comprender que también *hay dos Heideggers*, y que solamente el *segundo Heidegger es el nietzscheano*. El que se da tras la *Kehre* (vuelta, reverso) de su pensar. Únicamente al cual remite, junto con el linaje hermenéutico que atraviesa, por Gadamer y Vattimo, el Pensamiento Francés que hoy llamamos «Pensamiento de la Diferencia». Y de ahí también que el presente libro: *Nietzsche contra Heidegger*, junto con el libro que le sigue: *El Nietzsche Francés*, enlazados por los *Hilos de Ariadna I y II*, de sus respectivos subtítulos, configuren un díptico cuyo eje de unidad intensiva está en las diversas interpretaciones de ese cierto Nietzsche-Heidegger, que ponen en juego la temporalidad del Eterno Retorno y la espacialidad de la Diferencia.